

debemos leer a Patricia Fournier (2008: 7); ella menciona que “las habilidades artesanales son un ‘patrimonio invisible’ en cuya transmisión son cruciales la identidad social y la memoria, bajo la perspectiva de que los productores son una cultura viviente... en ocasiones... se trata de los últimos portadores de tradiciones en proceso de desaparición”. Esta misma autora sostiene que “el objetivo de la etnoarqueología como estrategia de investigación [es] proporcionar datos etnográficos y explicaciones... [para] la interpretación o inferencia de los materiales arqueológicos a partir de la construcción de modelos...” (p. 9). En este caso el tema de estudio cae dentro del rubro del “patrimonio cultural inmaterial”, que Fournier (2008) define como “los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y habilidades o saberes... junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales asociados... que... [se] reconozcan como parte [del] patrimonio cultural... [que] se transmite de generación en generación, se recrea... por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia...” (p. 12).

Finalmente, la misma autora (2008: 14) externa una opinión que es muy relevante para ésta y otras investigaciones que tocan sobre asuntos de patrimonio y cultura. Cito: “nos interesa abogar por una ‘etnoarqueología de rescate’... no solo en lo relativo a los conocimientos y saberes o habilidades de los artesanos... en el campo del patrimonio cultural intangible, sino sobre todo en lo relativo a la imperiosa necesidad de [hacer] inventarios de esa clase de patrimonio... paralelamente a la recopilación de datos que... puedan ser de fundamental importancia para una mejor comprensión del registro arqueológico”.

2.PRODUCCIÓN DE SAL EN LA COSTA MI- CHOACANA: PROCESOS PRODUCTIVOS Y CUL- TURA MATERIAL

Hasta hace poco tiempo La Placita era una de las pocas comunidades en México que seguían usando técnicas tradicionales (en parte prehispánicas) para elaborar sal (ver Williams 2002, 2003, 2004a). Las condiciones ecológicas de la franja costera que se extiende desde Cuyutlán (Colima) en el norte hasta Maruata (Michoacán) en el sur son ideales para hacer sal; el cloruro de sodio es abundante en el agua de mar, y la luz solar – esencial para la evaporación de la salmuera – es constante e intensa a lo largo del año, especialmente durante la época de secas (Figura 2).



Figura 2. Salinero en La Placita, Michoacán, arrojando la sal recién cristalizada para secarla al sol.

El actual poblado de La Placita se construyó originalmente junto a un estero; el pueblo viejo tenía solamente una calle, rodeada de ranchos ganaderos y de palmeras. Las casas estaban hechas en su mayoría de bajareque con techos de palapa (hojas de palma tejidas), aunque algunas tenían techo de tejas. La población era

bastante heterogénea, incluyendo aparte de los residentes locales a “indios de otras comunidades, al igual que arrieros y comerciantes de otras latitudes” (Méndez Acevedo, 1999). La población de La Placita aumentaba considerablemente durante la época de hacer sal (desde fines de marzo hasta principios de junio), pues mucha gente venía de distintos lugares para trabajar en las salinas, asentándose en un patrón disperso alrededor del estero durante esta parte del año.

Según don Francisco Gregorio, uno de los más viejos salineros de La Placita, los habitantes de este pueblo solían vivir casi exclusivamente de la sal, practicando casi nada de agricultura y nada de ganadería. Todo lo que necesitaban para la subsistencia lo podían obtener a cambio de sal, y durante la parte del año cuando no estaban produciendo, se mantenían explotando recursos silvestres: cazaban venados en el monte, sacaban huevos de tortuga de la playa, pescaban en el estero y aparte obtenían del mismo abundantes cantidades de chacal (camarón), moyo (cangrejo) y jaiba (langostino). Muchas de las especies vegetales y animales explotadas para la alimentación eran estacionales, pero otras se encontraban todo el año, como el chacal. En resumen, se practicaban la pesca, la caza y la recolección, junto con algo de agricultura, y algunos productos alimentarios, como el frijol, se obtenían a través del intercambio con otras comunidades de la región.

A una distancia de aproximadamente tres kilómetros del estero de La Placita se encuentra otro estero conocido como Salinas del Padre, en donde también se elaboraba cloruro de sodio. Entre ambos esteros hay un tercero, conocido como El Presidio, en donde se hacía sal hasta hace unos 90 años. Alrededor de esa época venían familias enteras desde Maquilí hasta Salinas del Padre para trabajar la sal; incluso traían al maestro de escuela para la educación de los niños durante la estación de producción. Toda la gente se juntaba para abrir el estero con palas, y una vez que se llenaba de agua salada lo cerraban. Venían hasta 40 familias,

que tenían que traer su propia agua para tomar, pues no había agua potable en el área. La unidad de tenencia de la tierra (terreno agrícola propiedad de una persona o familia) recibía el nombre de “hijuela”, y consistía de lo siguiente: 1) pozo de sal (así se nombraba a la unidad productora); 2) terreno para sembrar; 3) terreno para cría de ganado; 4) solar para la casa.

A continuación, presento una descripción del proceso contemporáneo de elaboración de sal en la zona de estudio, tal como lo observamos en el año 2000 (Williams 2002, 2003). En La Placita los métodos de trabajo tradicionales han consistido en filtrar el agua salobre del estero a través de una capa de tierra rica en sales minerales (conocida localmente como “salitre”) obtenida de las inmediaciones del mismo estero, para obtener salmuera por lixiviación. Para llevar a cabo este proceso se utiliza el tapeixtle, elemento que se describe más adelante.

Una vez que se obtiene la salmuera por lixiviación, se pasa a las “eras” o tinas de evaporación, donde el agua desaparece por acción solar y queda la sal cristalizada. Cuando la sal está bien seca, el siguiente paso es empacarla para llevarla a vender. A la unidad de producción le llaman “plan”; mide aproximadamente unos 400-600 m², y consta de un tapeixtle, varias eras, y por lo menos un “terrero” en donde se va acumulando la tierra lixiviada para usarse posteriormente. Durante la época en que se estuvo realizando el trabajo de campo (abril y mayo del 2000) solamente se estaban trabajando cuatro “planes”, pero hay muchos más junto al estero de La Placita, los cuales no se trabajan todos los años, por estar ausentes sus dueños, o por falta de interés debido al bajo precio de la sal.

La temporada de trabajo en las salinas se limita a una parte de la época de secas (de principios de abril a mediados de junio), pues al empezar las lluvias el agua dulce reduce drásticamente la salinidad del estero y del salitre; además la mayor cobertura de nubes dificulta la evaporación solar de la salmuera. Los salineros

se dedican a otras actividades cuando no les es posible hacer sal, por ejemplo, la pesca, la agricultura o como mano de obra asalariada, ya sea dentro de la región o fuera de ella (muchos de ellos migran cada año hacia las grandes ciudades del país, o bien a los Estados Unidos). En los últimos años se ha registrado un dramático descenso en el precio de la sal a nivel nacional, lo que ha hecho que cada vez menos salineros se dediquen a esta actividad; según se pudo observar en La Placita, obtienen más ganancias en otros tipos de trabajo, que implican menos esfuerzo físico.

Siempre son hombres los que trabajan en las salinas, porque según dicen ellos mismos, este trabajo es muy pesado para las mujeres. Ellas sólo vienen a “pizcar” la sal,¹ y se les paga con el mismo producto. Todos los salineros están emparentados entre sí, y las mujeres que realizan la “pizca” también son sus parientes, ya sea consanguíneos o por afinidad. La recolección del producto final muchas veces es una actividad social en la que intervienen todos los miembros de las familias de los salineros.

La elaboración de sal en La Placita se basa en el lixiviado de los suelos de la playa alrededor del estero. En la época de secas este cuerpo de agua disminuye bastante sus dimensiones, dejando una capa de salitre sobre la superficie. Esta tierra salobre se somete a un proceso de lixiviado con agua salada del estero, con lo que se obtiene una salmuera concentrada que posteriormente se evapora por el sol para obtener el producto final: sal cristalizada. Dentro de la unidad de producción (llamada “plan”) el tapeixtle es el principal elemento utilizado para filtrar el agua del estero a través del salitre y obtener así una salmuera de alto contenido salino. A la parte superior del tapeixtle le llaman “cajete”, a la inferior “taza”; al conjunto de cajete y taza le llaman “pozo”. El cajete se hace de lodo (o sea tierra que ha quedado del proceso de lixiviación), sobre un anillo hecho de ramas llamado ñagual. Como material para filtración se usan zacate, piedra “boloncha” y arena. Para levantar un tapeixtle tienen que trabajar unos tres hombres

por espacio de tres días; para subir las vigas de palma, que son la parte más pesada, intervienen hasta ocho personas. Para reparar el tapeixtle se necesita una semana con tres peones; hay que conseguir la madera del cerro, pagando por cortarla y acarrearla. Por lo menos cada tercer año hay que cambiar el zacate, las varas y la arena del cajete. Para realizar el proceso de lixiviación le ponen el agua salada y el salitre del estero en el cajete, donde se deja que estile el agua a través del salitre y que caiga en la taza por espacio de unas cuatro ó cinco horas. La capacidad de la taza es de 6 6 000 – 8 000 litros de salmuera.

En La Placita, la tierra (salitre) que se pone en el cajete se transporta con caballo; le ponen 70 chiquihuites² de tierra (de 20 kg cada uno) y 40 “paradas” (o sea 80 botes de 18 - 20 litros cada uno) de agua salada del estero cada día; con esto alcanza para llenar unas 15 eras. Anteriormente acarreaban la tierra a pie, usando canastos sobre la cabeza, y tenían que hacer hasta 70 viajes entre el estero y el tapeixtle.

El salitre se extrae de los “comederos”, que es el área adyacente al estero, donde se concentra la salinidad en el suelo. Para hacer esta tierra menos compacta y poder retirar la capa superior y formar pequeños montoncitos se usa la “gata” (artefacto triangular de madera, con picos de hierro que, al ser tirado por el caballo, va arañado la tierra – de ahí su nombre – para poder sacarla con la pala y hacer los montoncitos). La tierra que ya ha sido lixiviada se saca del cajete y se echa en el “terrero”, donde se va acumulando hasta que se retira con la pala y se tiende en el comedero para que vuelva a cargarse de sal, y usarse de nuevo. Las tinas de evaporación o “eras” están hechas de arena de la playa mezclada con cal. Anteriormente, cuando no se conseguía cal producida industrialmente, tenían que quemarla en hornos; la obtenían de un arroyo donde había piedras calizas. Ahí hacían los hornos y llevaban la cal a las salinas para encalar las eras. Había especialistas que trabajaban los hornos de cal, pues no cualquiera

podía hacerlo. Algunos hornos grandes duraban varios días prendidos para quemar entre dos y tres toneladas de este mineral (para encalar 20 eras se necesita una tonelada).

Una vez terminada de construir la era (o de repararla, si ya se usó en la temporada anterior), hay que “redamarla” (o sea llenarla) con unos 20 botes de salmuera, la cual debe tener por lo menos 20° de salinidad, de lo contrario no cristaliza la sal; después hay que echarle dos o tres botes por día. A los cinco días ya se puede “pizar” la sal cristalizada, y después se saca cada tercer día, obteniendo 25-30 kg por cada era en cada pizca. Durante la temporada de trabajo en las salinas el total de sal producida es de aproximadamente siete toneladas, habiendo buen temporal.

Para pizar la sal se usan vainas de la palmera llamadas “cayucos”, para no dañar la superficie de las eras. Estas nunca deben quedarse sin agua, porque se deforma la capa de cal y arena, o bien puede resquebrajarse y echarse a perder. Cada año, al inicio de la temporada de producción salinera (en el mes de abril) se reparan las eras que quedaron en desuso desde el año anterior y también se pone una nueva capa de cal en la “taza” o tanque que está debajo del tapeixtle, para hacerlo impermeable. La reparación de las eras le lleva al salinero unos tres días, con ayuda de un mozo. Hay que ponerle a las eras una nueva capa de cal y arena cada vez que inicia la temporada, lo que hace que tengan varias capas, una por cada año de uso (contamos hasta 20 capas en un caso), las cuales podrían ser buenos indicadores en contextos arqueológicos para ver cuántas temporadas se usó determinada era.

Las eras miden en promedio 6 por 3 m, y cada plan tiene alrededor de 18 eras, aunque por lo general no todas se utilizan a la vez. Para echar la mezcla de arena y cal en la se era usa la pala, posteriormente con una tabla de unos 20 cm de largo llamada “paleta” se distribuye el aplanado de manera uniforme sobre toda la superficie; después se aplanan el recubrimiento de arena y cal con una herramienta de madera llamada “menapil” (similar a la

que emplean los albañiles para aplicar el enjarre de cemento), y finalmente para alisarla utilizan una piedra de río, que se va desgastando por el uso. Dos veces por temporada tienen que limpiar las eras, porque se les forma un “atolillo”, o sea acumulaciones de sedimentos.

A continuación, se describen brevemente varios artefactos usados por los salineros en La Placita, así como algunas de las actividades más relevantes.

Cubetas se utilizan para llevar el agua del estero al cajete y llevar la salmuera de la taza a las eras. Antiguamente los salineros usaban “balsas” (bules o guajes)³ o bien cántaros para acarrear el agua. Cuando venía gente de otras partes a trabajar la sal, dejaban los cántaros enterrados para cuando regresaran el año siguiente. Los propios salineros sembraban la “mata de bule” para obtener balsas, mientras que los cántaros y comales los hacía la misma gente de La Placita.

Canastos chicos o chiquihuites: utilizados para sacar la sal cristalizada de las eras y ponerla en un montón para que se seque, de donde se pasará a empacarla (el chiquihuite utilizada en estas labores tiene una capacidad aproximada de 20 kg).

Sacos grandes o huiriles: sirven para llevar la tierra de los “comederos” al tapeixtle a lomo de caballo (cada huiril tiene una capacidad aproximada de 80 kg.).

Guaje o bule: recipiente de origen vegetal (probablemente del género *Leucaena* o *Lagenaria*) usado para almacenar y transportar agua potable.

Guancipo: anillo hecho de vástago, de unos 10 cm. de circunferencia, usado para colocar el chiquihuite sobre la era sin dañar la delicada superficie de ésta.

Vaina de palma de coco (cayuco): sirve para recoger la sal cristalizada de las eras.

Rodillo de palma: sirve para romper los terrones que se forman en la capa de salitre (es tirado por un caballo, al igual que la gata).

Lo que sigue a continuación es una discusión de las implicaciones arqueológicas que las observaciones etnográficas presentadas arriba tienen para nuestro entendimiento de los procesos relacionados con la producción prehispánica de sal en el área costera de Michoacán. El objetivo de esta sección es subrayar los paralelos entre las actividades salineras contemporáneas y las antiguas, a través de una correlación sistemática de los restos materiales asociados con la producción prehispánica y moderna.

Desde tiempos prehispánicos hasta hace unos 80 años, la parte de la costa de Michoacán y Colima que va de Cuyutlán en el norte a Maruata en el sur, ha sido un verdadero emporio salinero con un sinnúmero de sitios, grandes y pequeños, donde se elaboraba sal. Fueron tres los tipos de sitios encontrados durante la prospección de la costa: 1) Sitios donde actualmente se está produciendo sal (la presencia de materiales prehispánicos, principalmente cerámica, en la superficie habla de su ocupación en tiempos antiguos); 2) Sitios donde la producción se llevó a cabo hasta hace unos 50 años, pero que ahora están abandonados (en la mayoría de estos sitios también encontramos abundante material prehispánico en superficie); 3) Sitios arqueológicos donde se pudo haber producido sal en tiempos antiguos; algunos de estos parecen ser lugares de habitación permanente al igual que de producción.

A principios del siglo XIX la población permanente del área salinera de la costa de Colima no llegaba ni siquiera a 50 personas, pero durante la época salinera se concentraban en estos sitios hasta 5 000 personas (esto se observó desde el siglo XVI). A los salineros que llegaban de toda la provincia se sumaban los arrieros y comerciantes que venían principalmente de Nueva Galicia y de regiones más distantes, como la ciudad de México, Querétaro, Guanajuato y Taxco, Guerrero (Reyes, 1995: 149). En El Ciruelo, cerca de Cuyutlán, Colima, el autor visitó uno de estos asentamientos estacionales. Los salineros vienen cada año a vivir

en sus chozas, pero sólo se quedan durante la época de hacer sal (de febrero a mediados de junio); el resto del año el lugar está desocupado. Este asentamiento temporal no tiene electricidad, agua potable ni otros servicios, pero sí tiene una capilla en donde se celebra la misa el día de la Santa Cruz (3 de mayo), que es el día de los salineros. El resto del año se regresan a sus hogares permanentes, en donde practican la agricultura sembrando maíz, caña de azúcar u otros productos, o bien trabajan en los pueblos de la región. Esta misma situación fue común en Salinas del Padre, de acuerdo con los informantes. Durante la época de hacer sal se establecía un asentamiento temporal consistiendo de 40 ó 50 chozas pequeñas hechas de pasto o paja, que se conocían como “parajes”.

Después de conversar con los informantes y de examinar las evidencias materiales en la superficie, se identificaron 16 sitios salineros abandonados, pertenecientes al segundo tipo de los señalados arriba, pero el total fue probablemente mucho mayor en tiempos prehispánicos. Alrededor de todos los esteros en esta parte de la costa hay muchos sitios salineros con restos de eras y de tapeixtles, los cuales tienen por lo menos 60 años de haber sido abandonados.

Varios sitios antiguos se encontraron asociados con salinas en el área entre Salinas del Padre y Maruata. En el lado noroeste del estero en Salinas del Padre, por ejemplo, encontramos un sitio arqueológico de gran tamaño, con varios montículos y abundante material en la superficie. Al caminar por las calles de La Placita encontramos bastante material prehispánico, lo que sugiere que ambas salinas (La Placita y Salinas del Padre) contaban con asentamientos grandes y contiguos en tiempos antiguos (Williams, 2016: Figura 68).

De todos los sitios arqueológicos que encontramos en el área de estudio el más grande es Pueblo Nuevo, el cual tiene por lo menos 40 montículos y muchos cimientos de casas hechos de

pedra, así como bastante material arqueológico en la superficie: cerámica, concha, obsidiana, hueso. Uno de los habitantes locales mostró al autor varios tepalcates, un hacha de piedra y dos cincles de cobre, todos pertenecientes al periodo Postclásico. Pueblo Nuevo está ubicado en el viejo camino que va a Coalcomán, en una ubicación estratégica con respecto al área de las salinas, ideal para controlar las rutas de comercio por las que se exportaba la sal a la Sierra de Coalcomán y más allá (ver el mapa en Williams, 2015: Figura 54).

Como hemos señalado reiteradamente, la sal es un bien invisible para nosotros pues no se preserva en el registro arqueológico, a diferencia de otros bienes estratégicos que fueron producidos e intercambiados entre los grupos indígenas de la costa, por ejemplo, conchas marinas, obsidiana, metales, piedras semipreciosas, entre muchos otros. Por eso la identificación de los sitios antiguos donde se producía, se almacenaba o se comerciaba la sal es algo difícil. Sin embargo, a la luz de la información etnográfica discutida aquí, podemos postular la existencia de varios tipos de marcadores arqueológicos, o sea evidencia material que indica la realización de actividades salineras en un sitio específico (ver Williams, 2015: Cuadro 7).

Los principales indicadores de producción salinera usando técnicas prehispánicas en el área de estudio son los siguientes: los montículos de tierra lixiviada llamados “terreros”; las “eras” de evaporación y los tipos cerámicos especializados asociados con los sitios de producción. A continuación, se discute brevemente cada uno de ellos.

Terreros. Este término se aplica a los montículos que se encuentran en muchos sitios salineros por todo Mesoamérica, que consisten en tierra lixiviada que ha sido desechada. Al igual que muchos otros elementos arqueológicos, los terreros están sujetos a la destrucción. Durante la prospección de la zona salinera en la costa de Colima y Michoacán, el presente autor encontró que los

terreros de Boca de Pascuales han sido destruidos para plantar palmeras en los terrenos donde se encontraban. En El Real, sin embargo, encontramos un área con muchos terreros junto a la carretera. Hasta hace unos 45-60 años se producía sal en este lugar; los salineros hacían campamentos temporales junto a los “pozos”. También observamos abundantes restos materiales prehispánicos en la superficie.

En Colola varios terreros y parte de un tapeixtle abandonado atestiguan las actividades salineras que se llevaron a cabo aquí hasta hace unos 60 años, aunque su antigüedad es desconocida. También encontramos eras abandonadas, parcialmente cubiertas de tierra, al igual que en Ixtapilla y en otros sitios cercanos, discutidos a continuación.

Eras. Aunque no tenemos pruebas de que se hayan utilizado “eras” para la evaporación de la salmuera en la costa de Michoacán en tiempos prehispánicos, sabemos que estos elementos se usaron en Puebla antes de la llegada de los españoles. Por ejemplo, la Relación geográfica de Coxcatlán (Puebla, siglo XVI) muestra elementos rectangulares llamados “pilas de sal” (Sisson, 1973). De acuerdo con este autor (1973: 83), la evidencia arqueológica ha demostrado que estas “pilas” eran de hecho estanques poco profundos utilizados para la evaporación solar de salmuera, idénticas a las eras discutidas previamente. Sisson indica que estas eras probablemente se cubrían de cal, por lo que otros elementos arqueológicos que habría que buscar serían los hornos utilizados en la preparación de la cal (Sisson, 1973: 91).

En el área maya también se ha documentado la evaporación solar de salmuera en la época prehispánica, usando elementos parecidos a las “eras” discutidas aquí, desde por lo menos el periodo Formativo tardío (Andrews, 1983: 31, 109); Kepecs (2000) muestra abundantes tinajas de evaporación en el sitio de Emal, en el norte de la península de Yucatán durante el Epiclásico-Postclásico tardío, donde según la autora existió una producción de sal a gran

escala, con infraestructura de tipo “industrial”.

Igualmente tenemos evidencias de evaporación solar de salmuera en San Miguel Ixtapan, Estado de México; esta evidencia arqueológica data por lo menos desde el periodo Epiclásico. El procedimiento es muy semejante al descrito por Besso Ober-to (1980) para Alahuiztlan, Guerrero. En San Miguel Ixtapan se siguen usando las mismas técnicas prehispánicas todavía hasta principios del siglo XXI sin grandes modificaciones (Morrison Limón, comunicación personal, 20 de julio del 2001; ver Mata Alpuche 1999). Finalmente, en la cuenca de Sayula también se utilizaron tinas de evaporación en la época prehispánica, las cuales han sobrevivido hasta hace unos 70 años (Phil Weigand, comunicación personal, 7 de septiembre del 2001). En muchos sitios dentro de la costa michoacana estudiados por este autor encontramos eras abandonadas; usualmente aparecen como depresiones poco profundas esbozadas por sus bordes, aunque en muchos casos han sido destruidas, y no queda nada sino pequeños pedazos de tierra endurecida cubierta de cal. Sin embargo, debe mencionarse que hasta ahora no se han encontrado eras de indiscutible origen prehispánico en la costa de Michoacán.

Durante el trabajo de campo en la costa michoacana y áreas cercanas del litoral colimense pudimos apreciar que la producción salinera estaba en un franco proceso de deterioro, además los sitios de manufactura se encontraban abandonados y muchos de ellos destruidos. Según ha demostrado el estudio de Salazar Cárdenas (1999), la desaparición de las salinas en una extensa área de la costa de Colima tuvo lugar debido a que, al iniciar los trabajos agrícolas en los terrenos situados junto a las salitreras, parte de la producción agrícola iba a descargar a los esteros, imposibilitando el proceso de producción de sal. Todavía en 1945 se trabajaron las salinas con buen rendimiento, pero en 1946 ya eran incosteables y en 1947 se dejaron de trabajar definitivamente (Salazar Cárdenas 1999).

En La Placita, por otra parte, durante nuestra visita en 2000 pudimos observar que existían conflictos entre la gente de esta comunidad y la de la vecina Maquilí sobre la tenencia del estero. Los primeros quisieran dedicarse a la pesca del camarón (una actividad mucho más lucrativa que la producción de sal), mientras que los últimos insisten en usar el estero exclusivamente para hacer sal. Las Salinas del Padre pertenecen al ejido de Maquilí, pero la comunidad indígena de Maquilí se dividió en varios ejidos, y como resultado de esto los límites territoriales entre los pescadores y los salineros no quedaron bien definidos.

3. DISCUSIÓN

La situación descrita arriba para La Placita y otras comunidades salineras de Michoacán y de otras partes nos hace recordar las palabras “patrimonio olvidado”; así nos referimos en otro lugar (Williams, 2016) a elementos de cultura material que usualmente no tomamos en cuenta o que no son indispensables para desarrollar nuestras actividades cotidianas, en el contexto de la cultura urbana “moderna”. Las siguientes palabras de Iain Davidson (2008: 317) sirven muy bien para entender este concepto: El manejo de la herencia cultural se enfoca mayormente a la preservación y la conservación de... edificaciones y de paisajes elaborados. En contraste, los arqueólogos a menudo trabajan con materiales adicionales que no fueron hechos con intención sino que son más bien productos incidentales del comportamiento humano... objetos que simplemente fueron dejados [que] representa[n]... la evidencia arqueológica hallada en la superficie del suelo, o en las casas de la gente común y corriente en cualquier localidad que nos venga a la mente...

Todos los elementos de cultura material, al igual que las actividades, creencias y tradiciones encontrados en las zonas de producción salinera forman parte de un legado cultural que en

términos generales ha sido ignorado por la sociedad mayor. De hecho se trata de un patrimonio olvidado.

Ejemplo de esto último es el “paisaje salinero”, como lo ha llamado Ursula Ewald (1997), quien lo describe en los siguientes términos:

Las salinas en donde se obtiene la sal solar constituyen uno de los rasgos más distintivos del paisaje cultural. Con su gran variedad de métodos para la recuperación del cloruro de sodio, lo más probable es que México ofrezca hoy los mayores contrastes de paisajes salineros del mundo. El “paisaje salinero” tal vez sea el más extraordinario, pero también el más desconocido, que pueda encontrarse en México... tal vez algunas de las antiguas [salinas] podrían conservarse y operarse en forma de museos al aire libre, como extraordinarias reliquias de la pasada historia económica de México... Los distintos tipos de salinas rinden homenaje al ingenio y a la inventiva de sus habitantes, así como a la dura labor que, a lo largo de los siglos, ha sido indispensable para satisfacer una necesidad de la vida... (Ewald, 1997: 259-260).

Como ya hemos mencionado, el paisaje salinero en la región aquí discutida consiste en los montículos de tierra lixiviada llamados terreros, tinas de evaporación o eras, canales, cerámica salinera, canastos, palas, etcétera. Las actividades tradicionales discutidas aquí han sido realizadas en un entorno físico y un paisaje cultural concreto, y ofrecen la posibilidad de reconstruir la vida precolombina por medio de la analogía etnográfica. De esta manera tanto la etnoarqueología como la etnohistoria son fundamentales para la interpretación del registro arqueológico, como se discute en otro lugar (Williams, 2005, 2014a, 2014b).

Pero el trabajo del arqueólogo también resulta indispensable para la divulgación de conocimientos sobre actividades en contexto sistémico, que contribuyen a una puesta en valor de los vestigios de cultura material que representan elementos de la vida cotidiana, de eso que hemos llamado un patrimonio olvidado, que

usualmente son ignorados por los investigadores y el público en general.

La relación entre el pasado y el presente siempre ha sido dinámica y los restos de culturas antiguas han evocado un mundo primordial que ya no existe. En este sentido las palabras de Ian Hodder son bastante elocuentes. Aunque se refieren al sitio Neolítico de Çatalhöyük (Turquía), en realidad pueden aplicarse al pasado colectivo de la humanidad:

Cada vez que los habitantes excavaban un pozo o trinchera se encontraban con los tiestos y herramientas de piedra de generaciones anteriores. La gente estaba enredada en un pasado material. Cualquier reconstrucción de un cuarto habría alterado los huesos de los parientes [difuntos]... Por supuesto, los anteriores cazadores-recolectores se habrían movido alrededor de un paisaje en el cual los sitios anteriores habrían sido conocidos e identificados. En ambos casos, la gente vivía en un entorno de huellas y de recuerdos... (Hodder, 2006: 144).

El desafío para la arqueología es lograr que sus investigaciones contribuyan a rescatar la memoria colectiva de un grupo, y eventualmente de la humanidad. Los vestigios culturales y rasgos del paisaje discutidos aquí son especialmente relevantes para esta tarea, pues la memoria colectiva está inmersa en un contexto de pervivencia cultural (cfr. García Sánchez, 2008) con procesos de larga duración. La historia oral es fundamental para este tipo de investigación, pues los recuerdos de la gente constituyen un verdadero lazo de unión entre el pasado y el presente. El acto de recordar da fuerza a la identidad cultural de un grupo determinado, como señala Benjamin Orlove acerca de sus informantes en el Lago Titicaca, Bolivia:

Yo me encontraba incómodo, temporalmente sin habla, cuando me hacían una simple súplica: “no me olvides...” Escuché esta petición las suficientes veces como para entender que se trataba de una expresión normal, que seguía una fórmula prees-

tablecida. Sin embargo, yo podía ver por la fuerza y el tono en que se expresaba... que no era una simple respuesta mecánica a la situación de que alguien se iba. Cada una de estas personas estaba profundamente preocupada de que yo la recordara... La petición de que uno no los olvide no siempre se hace en vano. No es la declaración débil de una gente abrumada, sino más bien un mandato que demuestra tanto la resistencia de los aldeanos como su vulnerabilidad... (Orlove 2002: 3).

4. CONCLUSIONES

Como hemos visto en estas páginas, nuestro reto para el futuro es rescatar tanto la cultura material como la historia, incluyendo la no escrita, la que se resguarda en los recuerdos de individuos y en la memoria colectiva de las comunidades, que dan forma y esencia a un patrimonio olvidado, para reintegrarlos a la vida cultural de la sociedad en su conjunto. Uno de los más elocuentes llamados a esta acción fue expresado por Jeffrey Parsons con las siguientes palabras:

Hay muchas actividades tradicionales en el borde de la extinción que merecen registrarse en México y por todo el mundo. Pocos investigadores parecen interesarse en el estudio de los aspectos materiales y organizativos de estos modos de vida en desaparición, y los arqueólogos podrían ser... los únicos en llevar a cabo los pocos estudios existentes. En un sentido esta es una súplica para que otros realicen estudios como éste en otros lugares mientras todavía hay un poco de tiempo para hacerlo... (Parsons, 2001: xiv).

Michael B. Schiffer (2017) describió a la arqueología como “el estudio de la gente y las cosas en todos los tiempos y todos los lugares” (p. xiii). Como una disciplina científica que es histórica a la vez que antropológica, “la arqueología tiene muchas huellas en el mundo moderno: nuestro trabajo afecta a los gobiernos en

todos los niveles, a otras ciencias y humanidades, y a la gente común” (p. xiii). Un buen ejemplo de esta interacción entre la arqueología y otras disciplinas tiene que ver con nuestro entendimiento siempre cambiante sobre la cultura material y su papel en nuestra vida diaria. Schiffer menciona que “para un número creciente de científicos sociales, el estudio de la cultura material se ha convertido en una parte importante, si no en la preocupación medular, de sus proyectos de investigación. Pero no siempre fue así: a diferencia de la arqueología, otras ciencias sociales no tienen la necesidad de abordar la cultura material, por lo que ésta ha sido menospreciada como fuente de información sobre el comportamiento humano” (p. 206). Según Schiffer, el énfasis sobre la cultura material en las ciencias sociales “empezó en los setenta [y] apareció en parte porque... los científicos sociales se estaban familiarizando con... las perspectivas arqueológicas sobre la conducta humana y la cultura material” (p. 206).

Hemos visto en este artículo que la etnoarqueología es una estrategia que se basa principalmente en los aspectos materiales de la cultura, y además puede servir como un puente de unión para fortalecer la relación entre la arqueología y otras ciencias históricas y sociales, como propone Schiffer (2017). Pero otra dimensión de la etnoarqueología, como la discutimos aquí, tiene que ver con la documentación detallada de las artesanías que giran en torno a la producción de sal con técnicas tradicionales – alfarería, cestería, elaboración de cal – así como la arriería y el trueque (Williams 2014a, 2014b). Estas son actividades que han desaparecido casi en su totalidad dentro de las zonas salinas discutidas en este trabajo. Su estudio resulta prioritario, para rescatar aspectos poco conocidos de una forma de vida que es importante para la construcción de nuestra memoria colectiva.

NOTAS

1. Nota del Autor: De acuerdo con el Vocabulario en lengua mexicana y castellana de Fray Alonso de Molina (1910: 96), el verbo *pixquiltl*, castellanizado como *pixcar* o *pizcar*, se refiere a la actividad de cosechar.
2. Nota del Autor: Chiquihuites, de acuerdo con el Vocabulario... de Fray Alonso de Molina, es un canasto (1910: 69).
3. Nota del Autor: El Diccionario de Mejicanismos de Duarte (1898: 282) lo define como “Árbol de cuyo fruto se hace el utensilio llamado en italiano *chicchera*, en portugués *chicara*, en catalán *xicara* i en castellano *jícara*, del azteca *xicalli*, vaso de calabazo”.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ACUÑA, René (ed.), 1987, Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán, México: UNAM.
- ANDREWS, Anthony P., 1983, *Maya Salt Production and Trade*, Tucson: University of Arizona Press.
- BESSO-OBERTO, Humberto, 1980, “Las salinas prehispánicas de Alahuiztlán, Guerrero”, *Boletín del INAH* 29, pp. 23-40.
- DAVIDSON, Iain, 2008, “El futuro del patrimonio histórico: ¿Por qué debemos ocuparnos de la herencia cultural?”, en *Patrimonio y paisajes culturales*, editado por Virginia Thiébaud, Magdalena García Sánchez y Ma. Antonieta Jiménez. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- RAMOS I DUARTE, Feliz, 1898, *Diccionario de Mejicanismos*. Colección de locuciones y frases viciosas. Herrero Hermanos Editores, México.
- EWALD, Ursula, 1997, *La industria salinera en México 1560-1994*, México: Fondo de Cultura Económica.
- FOURNIER, Patricia, 2008, “La producción alfarera contemporánea en México: etnoarqueología de rescate del patrimonio cultural intangible” en Fernando López, Walburga

- Wiesheu y Patricia Fournier (eds.), *Perspectivas de la investigación arqueológica*, México: CONACULTA-INAH.
- GARCÍA SÁNCHEZ, Magdalena, 2008, *Petates, peces y patos: pervivencia cultural y comercio entre México y Toluca, Zamora y México: El Colegio de Michoacán y CIESAS*.
- HODDER, Ian, 2006, *Çatalhöyük: The Leopard's Tale*. Thames and Hudson, Nueva York.
- KEPECS, Susan M., 2000, “Chichén Itzá, Tula and the Epiclassic-Early Postclassic Mesoamerican World System”, *Colloquium on Chichen Itzá and Tula*, Washington: Dumbarton Oaks.
- MATA ALPUCHE, Alberto, 1999, *Los salineros de San Miguel Ixtapan: una historia tradicional de hoy*, Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura.
- MÉNDEZ ACEVEDO, José
1999 “Memoria histórica de Aquila”, Coalcomán: Cronos.
- ORLOVE, Benjamin, 2002, *Lines in the Water: Nature and Culture at Lake Titicaca*. University of California Press, Berkeley.
- MOLINA, Fray Alonso de, 1910. *Vocabulario en lengua mexicana y castellana*. Talleres de imprenta. Encuadernación y rayado “El Escritorio”. Puebla (México).
- PARSONS, Jeffrey R., 2001, *The Last Saltmakers of Nexquipayac, Mexico: An Archaeological Ethnography*, Ann Arbor: University of Michigan.
- REYES, Juan Carlos, 1995, “Las salinas colimenses durante el período colonial, siglos XVI a XVIII” en Juan Carlos Reyes (ed.), *La sal en México*, Colima: Universidad de Colima.
- SALAZAR CÁRDENAS, José, 1999, *Así era Tecomán*, Colima: Secretaría de Cultura de Colima.
- SCHIFFER, Michael B.
2017 *Archaeology's Footprints in the Modern World*, Salt Lake

- City: The University of Utah Press.
- SISSON, Edward, 1973, "Salt Production" en First Annual Report of the Coxcatlán Project, Andover: Peabody Foundation for Archaeology.
- WILLIAMS, Eduardo, 2002, "Salt production in the coastal area of Michoacán, Mexico: an ethnoarchaeological study". *Ancient Mesoamerica* 13(2), pp. 237-253.
- _____, 2003, *La sal de la tierra: etnoarqueología de la producción salinera en el Occidente de México*. El Colegio de Michoacán y Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, Zamora y Guadalajara.
- _____, 2004, "La producción contemporánea de sal en la costa de Michoacán: de la descripción etnográfica a la interpretación arqueológica", en *Bienes estratégicos del antiguo Occidente de México: producción e intercambio*, editado por Eduardo Williams. El Colegio de Michoacán, pp. 137-182.
- _____, 2005, "Introducción" en Eduardo Williams (ed.), *Etnoarqueología: el contexto dinámico de la cultura material a través del tiempo*. Zamora: El colegio de Michoacán.
- _____, 2010, "Salt Production and Trade in Ancient Mesoamerica", en *Pre-Columbian Foodways: Interdisciplinary Approaches to Food, Culture, and Markets in Ancient Mesoamerica*, editado por John E. Staller y Michael D. Carrasco. Springer Science and Business Media, Nueva York.
- _____, 2014a, *Water Folk: Reconstructing an Ancient Aquatic Lifeway in Michoacán, Western Mexico*. British Archaeological Reports. BAR International Series 2617. Archaeopress, Oxford.
- _____, 2014b, *La gente del agua: etnoarqueología del modo de vida lacustre en Michoacán*. El Colegio de Michoacán, Zamora.
- _____, 2015, *The Salt of the Earth: Ethnoarchaeology of Salt*

Production in Michoacán, Western Mexico. British Archaeological Reports. BAR International Series 2725. Archaeopress, Oxford.

_____, [en línea] 2016, *La sal de la tierra: etnoarqueología de la producción salinera en el Occidente de México*. Segunda edición. Zamora: El Colegio de Michoacán (en prensa). [Fecha de consulta 26 de noviembre de 2017] Disponible en: https://www.academia.edu/30337615/LA_SAL_DE_LA_TIERRA_SEGUNDA_EDICION_2016_